ñolas y hay gestiones para publicar una versión en español. El estudio es profundísimo y creemos merece un puesto en la biblioteca de todo estudioso de nuestra literatura.

Digamos, por último, que en la obra "Bibliografía crítica de Juan Valera", de C. C. De Coster, publicada por el C. S. I. C. en 1970, y en el libro "Juan Valera", de Bernardino de Pantorba, Premio "Juan Valera", 1969, el lector interesado puede encontrar información completa de lo publicado hasta el momento.

Antonio MORENO HURTADO

EL SEPULCRO DE PEPITA JIMENEZ

Ficción y realidad se dieron cita en la obra de Valera. Porque D. Juan escribía sus novelas "imaginando un bonito asunto —dice en una de sus cartas— y pintando tipos y costumbres vistos y conocidos suyos por experiencia". Debemos observar también, y no deja de ser una opinión personal, que su capacidad de invención nunca fue grande; de ahí la repetición de temas, tipos y costumbres en todas sus obras. En el caso concreto de "Pepita Jiménez" ni siquiera "imaginó un bonito asunto", sino que recurrió a una historia familiar, poetizándola y alterándola sólo con unas breves pinceladas. El primero de los investigadores que denunció este hecho fue Azaña, que contó con el privilegio de manejar los papeles íntimos de Valera y de estar asesorado por su hija Carmen. La historia real la esboza Azaña brevemente, y falta de concreción y detalles, en los "Ensayos sobre Valera" publicados por Alianza Editorial.

Lo que pudo ser un hallazgo para la crítica novelística del siglo XIX era, sin embargo, algo que se conservaba en la tradición viva de Cabra. Posiblemente, desde la misma fecha de la publicación de "Pepita Jiménez", como comentario lógico a la anécdota conocida de todos sus paisanos y mantenida oralmente en la memoria de las gentes, con las alteraciones propias que todo lo tradicional supone, ha llegado hasta nuestros días. Nuestra labor de investigación ha sido la de reconstruir punto por punto, lo más fielmente posible, este episodio de la historia menuda de un pueblo ocurrido hace más de un siglo. Tarea difícil la de dar vida, la de dar jugosidad de existencia a la fría redacción de unas actas de archivo.

Comencemos la historia por el final. Los personajes reales que dieron lugar a D. Luis de Vargas y Pepita Jiménez fueron D. Felipe de Ulloa

y Aranda y D.^a María Dolores Valera y Viaña, hermana del padre de Don Juan. Se habían casado el 25 de noviembre de 1829 y de su matrimonio nacieron D. Francisco y D. Juan Ulloa Valera. Vivieron en la calle San Martín y figuraron como una de las principales familias de la ciudad.

D. Felipe de Ulloa murió de avanzada edad, setenta y dos años, el 22 de septiembre de 1862. Su partida de defunción, conservada en la parroquia de Asunción y Angeles, aporta algunos datos curiosos: que era hacendado, que testó ante el escribano de Cabra D. Isidoro Sabariego en 1839 y que lo llevó a la tumba, según certificación facultativa, la enfermedad conocida por "asma húmeda". Al margen del acta hay una nota, posterior en fecha, de sumo interés: el 7 de mayo de 1868 los restos mortales de D. Felipe, previas licencias del obispo de Córdoba y a instancias de su viuda D.^a Dolores, son exhumados y trasladados del cementerio parroquial, dice textualmente, "al enterramiento construido con este objeto en el oratorio rural de "Las Lomas".

Por estas fechas, en abril de 1867, vino a Cabra como catedrático de Retórica y Poética del Instituto el Doctor Herrera y Robles. Ya en repetidas ocasiones he hablado de este personaje que constituyó un puntal importantísimo en la cultura de esta ciudad durante la segunda mitad del pasado siglo. Daremos hoy algunos datos personales más. Era, además, catedrático dimisionario de Literatura General y Literatura Española de la Universidad de Salamanca, y, desde su nombramiento para la misma cátedra de nuestro Instituto, permaneció en él hasta 1891 en que se trasladó a Sevilla. Fue director y rector del Real Colegio de la Purísima Concepción desde 1875 hasta su traslado. Además de doctor en Filosofía y Letras, fue bachiller en Sagrada Teología y en Derecho Canónico, miembro de las Academias de Buenas Letras de Sevilla, Córdoba y Cádiz y correspondiente de la Real Academia Española; comendador de la Real Orden Americana de Isabel la Católica y de la de Carlos III. La lista de sus condecoraciones y méritos se haría interminable, así como la de sus valores profesionales como catedrático y rector del Instituto Colegio. Dotó al establecimiento del mobiliario conveniente, introdujo mejoras en el edificio, amplió el jardín botánico, construyó un gimnasio y dotó de material, revolucionario en su tiempo, a los Gabinetes de Física y Química e Historia Natural. Bajo su dirección el prestigio del centro hizo que D. Juan Valera, al regreso de uno de sus viajes a Francia, después de visitar allí varios liceos, dijera en su correspondencia que ninguno llega "al estado brillantísimo en que se encuentra el de Cabra".

La inquietud cultural de D. Luis Herrera trascendió de igual modo a la vida egabrense en recitales poéticos, actos literarios diversos, y desde

la asociación cultural, "El Lekanaklub", que él presidía y cuyas actividades fueron seguidas con singular interés por D. Juan Valera y Menéndez Pelayo, buenos amigos del Dr. Herrera, con quienes mantuvo una nutrida correspondencia, hoy desconocida, y de la que sabemos su existencia sólo por alusiones del propio Valera a otros corresponsales.

Como hombre de letras, D. Luis Herrera publicó una notable traducción de la "Eneida", que elogió y prologó el crítico Valera, amén de composiciones premiadas en distintos certámenes poéticos. La mayor parte de sus poesías fueron reunidas en segunda edición y publicadas en Sevilla en 1874 bajo el título de "Poesías del Dr. D Luis Herrera y Robles". El libro contiene tres apartados: poesías líricas latinas, poesía dramática, y el primero y más extenso agrupa numerosos poemas bajo el epígrafe de "Poesías líricas castellanas".

En éstas vamos a centrar nuestra atención y concretamente en la que el poeta titula "En la bendición de la capilla de San Felipe, erigida en el caserío de Las Lomas (término de Cabra) por la señora Doña Dolores Valera para trasladar a ella los restos de su difunto esposo el Sr. D. Felipe Ulloa". — Métricamente son ochenta versos octosílabos aconsonantados y distribuídos en cuartetos. El tema va ya indicado en el título. D. Luis Herrera debió de tener gran amistad con D.^a Dolores Valera. Por otra parte, la vinculación de ésta y su esposo al Instituto es algo de lo que queda constancia. En el archivo de este centro hemos encontrado a Don Felipe Ulloa primeramente como alumno y más tarde, a partir de primero de enero de 1850, como vocal secretario de las sesiones que celebra la junta inspectora del Real Colegio.

Don Luis Herrera se hizo eco en su obra del traslado de los restos de D. Felipe y de la bendición de una capilla rural. Es curioso. Cuando más arriba decíamos que era difícil dar calor de vida a los fríos datos de unas actas, he aquí que la nota marginal de una partida de defunción se convirtió en motivo poético. Los versos son de perfecta factura clásica. Comienzan con una exaltación gozosa del poeta ante el paisaje de Cabra:

**"Cuando ví por vez primera
estas campiñas frondosas
do al Cielo mandar pluguiera
bendiciones abundosas".**

Su corazón, "de noble entusiasmo henchido" sigue exaltando a la naturaleza que es considerada, con fervor casi místico, como un himno al Creador. Más adelante se interroga:

**“¿Y por qué de Dios el nombre
no entrega fervido al viento,
humilde el labio del hombre
en armonioso concierto?”.**

La respuesta viene a continuación:

**“¡Un templo...! Y ¿quién lo levanta?”
“..Amor de cristiana esposa
que en tributo generoso
arranca a la muerte odiosa
la memoria de su esposo”.**

Aquí se centran ya los dos motivos temáticos de la composición: la alabanza del hombre a Dios, simbolizada en la erección de un templo, en perfecta armonía con la de la Naturaleza, y el amor de D.^a Dolores a su esposo difunto, exaltado reiteradamente así como su condición de “amante y piadosa”.

La poesía, plena de circunstancias, tuvo que ser contemporánea del hecho que la motivó. No ha dejado de sorprendernos la coincidencia extraña y feliz de que otro literato poetice la misma historia que noveló Valera. ¿Cuál fue la trascendencia exacta, la dimensión real de los amores de Don Felipe y Doña Dolores? ¿Qué extraño atractivo poseían en realidad don Luis de Vargas y Pepita Jiménez para servir de inspiración a dos escritores hermanados por una concepción clásica de lo literario? La composición de las dos obras que comentamos y la novela de Valera, datan de fechas distintas, por lo que está descartada la influencia temática de Valera en el Dr. Herrera y Robles. Este último, lo apuntamos antes, compuso su poesía alrededor del hecho, en 1868, y Don Juan esperará a 1874 para publicar su obra. Lo que sí hay es otra casual y curiosa coincidencia: la publicación de ambas: Don Luis recoge su obra en segunda edición en 1874 también, posiblemente (ignoramos el mes) cuando Valera ya había comenzado a dar a luz su novela. ¿Divergencias? Don Luis centra su poesía en torno a la muerte; Don Juan los deja al final “enlazados por un amor irresistible”.. “vivieron largos años, gozando de cuanta felicidad y paz caben en la tierra”.

Doña Dolores Valera y Viaña murió el 17 de abril de 1880 a la edad de 83 años, según parte facultativo, de “apoplejía cerebral”. Aunque nada especifica su acta de defunción, es de suponer que sería enterrada

en el oratorio de "Las Lomas" que ella levantó para reposar junto a su esposo. Hemos visitado esta finca cercana a Cabra, actualmente propiedad de los marqueses de Bedmar y Escalona. En ella no quedan vestigios, ni casi recuerdo, de la capilla. En el solar que debió de ocupar hay un ala del edificio de nueva construcción. Don Luis Herrera, refiriéndose al enterramiento, ve una finalidad:

**"Y en sagrado monumento
lega su nombre querido
a cien edades y ciento
a despecho del olvido".**

Nos dice también cómo a través de ella Doña Dolores quería "arrancar a la muerte odiosa la memoria de su esposo". Yo veo en la desaparición real de las tumbas ese triunfo sobre la muerte. Y ese sobrevivir al olvido, "a cien edades y ciento", está plasmado en la perennidad de la novela de Valera.

Ni Pepita Jiménez ni Don Luis de Vargas murieron. Los eternizó Don Juan cortándoles la vida literaria en su plenitud; dejándolos eternamente felices y jóvenes. Don Felipe de Ulloa y Doña Dolores Valera han escapado también a los vestigios de la muerte y duermen su sueño de héroes literarios en la finca de "Las Lomas", bajo un cielo limpiamente azul; entre el oleaje gris-plata de un mar de olivos centenarios.

Matilde GALERA DE REINA

("La Opinión". Cabra, 7 julio 1974)

CONFERENCIA DE DOÑA MATILDE GALERA, SOBRE EL TEMA "DON JUAN VALERA Y SU OBRA"

Organizado por la Cátedra de Lengua y Literatura Españolas de nuestro Instituto de Bachillerato "Aguilar y Eslava", se ha celebrado un acto literario con motivo del centenario de la publicación de "Pepita Jiménez" y del ciento cincuenta aniversario del nacimiento de su ilustre autor.

Presidió el delegado provincial del Ministerio de Educación y Cien-